

EL COMA DE SOFÍA



VICTORIA NAUDA NIZZOLI

UNIVERSO
de LETRAS ▶

Primera parte.

La vigilia

Aquel sería un gran día, lo presentía.

No dejaba de ser una entrevista, pero, a su vez, era una oportunidad y, de por sí, ello valía como un reconocimiento que llegaba a sus cuarenta y dos años, pensaba Sofía, con las manos sumergidas en el agua, lavando las tazas y platos del desayuno mientras miraba por la ventana situada sobre el fregadero cómo sus hijos y su marido subían al coche que, desde muy pronto, los dispersa por sus actividades diarias.

La mesa, aún a medio levantar, daba buena cuenta del paso previo de sus miembros, cada cual con un sitio asignado que adquirirá sus huellas recién comenzado el día: la taza de chocolate apenas tocada por Daniela, el vaso de leche fría vacío de Juan y la cabecera de la mesa repleta de migas, manchas y cubiertos desperdigados de Michel, su marido, que parecía arrasar con todo lo desechado por sus hijos.

Del horno empezaba a desprenderse el olor del pastel de carne que Sofía había preparado para el almuerzo casi de madrugada, de forma que su ausencia no dejase el hogar vacío como el estómago de los que irían regresando a casa en el transcurso del día. Pero debía apurarse, todavía tenía el ordenador abierto a la espera de terminar los últimos ajustes del proyecto que presentaría aquella mañana.

En un desnivel de la amplia cocina, Sofía había previsto una mesa pequeña donde trabajar en sus cosas sin dejar abandonado el centro neurálgico del hogar, de ese modo, podía controlar el horno y las ollas y ver llegar con antelación cualquier visita que traspasara su jardín siguiendo el zigzagueante camino de piedras que conducía al timbre pegado junto a la puerta de entrada. Era la manera que había diseñado al construir la casa, a sabiendas de que, tarde o temprano, se vería obligada a compaginar sus estudios y proyectos con las labores domésticas.

Le quedaban cuatro horas por delante que, en vez de parecerle un mundo, después de tanto esfuerzo, ahora le resultaban angustiosamente escasas. Debía prepararse y así luchar contra la ansiedad que le generaba tener tareas pendientes.

Quizás ese torbellino de sensaciones impidieron a Sofía escuchar las otras señales... Ella, que poseía una aguda sensibilidad en presentir acontecimientos que presagian cambios en su vida o en la de sus seres queridos. Era una cualidad innata que podía representarse en un efímero escalofrío o una sutil punzada en su pecho, pero que, de haberse pronunciado aquel día, pasaron desapercibidas y lejos estaba de imaginar hasta qué punto su existencia se transformaría en un antes y un después durante el transcurso de las siguientes horas.

Sonó el teléfono a pesar de que era temprano. Sofía sabía de quién se trataba. «Se habrá puesto el despertador», pensó, porque, conociendo a su madre, bien claro tenía que antes de las diez de la mañana no despegaba ojo.

—Hola, mamá, ¿te has caído de la cama?

—No, llamo a mi hija para desearte suerte. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué vas a ponerte? ¿No pensarás ir con esas camisitas cerradas hasta el cuello que...?

La voz de Carmen se fue perdiendo en la mente de Sofía, que comenzó a transportarla a los tiempos en que su madre, tras la muerte de su padre, se juntaba con sus amigas en la cafetería del Washington Golf & Country Club unas tres veces por semana.

Charles había muerto demasiado pronto, aunque su enfermedad se prolongara por años a tal punto que a Sofía le costaba recordarlo sano y lleno de vitalidad. De los años de su adolescencia, Sofía guardaría para sí la imagen decrepita de un padre postrado en una silla de ruedas como consecuencia de un infarto cerebral que le produjo una parálisis física y facial cuyas secuelas le dificultaban el habla y hacían casi imposible entenderlo. Con el tiempo, impotente, se fueron reduciendo sus esfuerzos por comunicarse. Su madre, siempre tan esnob, se afanaba en dar las directivas para que Charles fuese bien atendido por dos enfermeras que se turnaban para cubrir sus necesidades médicas y de higiene y para tenerlo impecablemente vestido en las cenas, té y reuniones sociales que Carmen preparaba casi semanalmente. Aparentando completa normalidad, colocaba a Charles presidiendo aquellos eventos en la cabecera de la mesa como el elemento decorativo que era, muy lejos del carisma que desprendiera antes del fatídico accidente cerebral.

Charles había sido abogado de prestigio forjado en el bufete fundado por su padre, Charles Walker, con quien trabajara desde joven y que heredaría tras su muerte.

Pertenecía a una familia muy acomodada de la alta sociedad americana, lo que provocó que Carmen no dudara en mostrarse como la mujer ideal en sus años casaderos, bajo los cortejos que le hiciera Charles a una graciosa muchacha, de exquisitos modales y venida de España con más aire de grandeza de la que en realidad poseía.

Cuando se casaron, parecieron ser una familia feliz que se adaptaba perfectamente a la sociedad clásica y en la que el origen español de Carmen no solo no desentonaba, sino que le daba un punto exótico al matrimonio.

Los hijos llegarían pronto, como mandaba la costumbre. El primogénito sería varón, lo que Carmen celebró como un triunfo culmen, más para sus adentros que de cara a la galería. Un año y medio después, nacería Sofía. Su primer hijo llevaría por nombre Francisco, rompiendo la usanza de repetir el nombre paterno, en un claro guiño al dictador español, al que su propia familia tenía en alta estima.

El matrimonio de los padres de Carmen se fraguó bajo el consentimiento y respectivos acuerdos de dos familias muy adineradas: Aurora Ariza, hija de un terrateniente andaluz dedicado a la explotación ganadera, y Antonio Canals, también terrateniente, de familia barcelonesa enfocada en la explotación agraria. De aquella unión nacerían dos mujeres, Carmen y María, y debido a un complicado aborto del que hubiese nacido un varón, Aurora se vio impedida para poder engendrar más hijos, cosa que generó una gran frustración al matrimonio, consciente de que ya no tendrían posibilidad de concebir un heredero y futuro cabeza de familia.

La familia de Carmen se había visto obligada a emigrar a Estados Unidos en plena guerra civil española a finales de 1938, después de verse aterrada ante las reivindicaciones del ejército republicano.

Para cuando el general Francisco Franco declaró en abril de 1939 el fin de la guerra civil, la familia de Carmen había perdido prácticamente todo, pero, desde la distancia, Carmen celebró junto a los suyos el triunfo del golpe de Estado y por eso, años más tarde, bautizó a su primogénito con el nombre del salvador que vino a hacer justicia, aunque de forma tardía en su caso.

La postura política de Carmen estaba impregnada más por su propia experiencia que por un conocimiento real del proceso que significó aquella guerra, una visión muy parcial de los hechos en los tiempos en que su vida se reducía a la acomodada realidad de una niña hija de un terrateniente católico y amante de las tradiciones. Su padre, Antonio, amaba el orden en cualquiera de sus facetas, de ahí justificaba los abusos y castigos que impartiese a los trabajadores que tenía a su cargo.

Por su parte, Aurora, su madre y abuela de Sofía, encajaba muy bien en el papel que se esperaba de ella, y así se dedicó afanosamente a dar a sus dos hijas una educación propia de las familias burguesas de la época que incluía lecciones de piano, ballet, profesoras de inglés y talleres de arte y bordados, además de las clases ecuestres, actividades todas ellas a las que Carmen asistía encantada y María refunfuñando, a excepción de la equitación.

Desde esa idílica realidad, bien lejos estaba Carmen de comprender el sentido de la rebelión de las clases oprimidas, y a lo largo de su vida se vería inmersa en discusiones y ofensas con cualquiera que osara defender, así fuera comedidamente, las razones de aquella clase obrera, que terminaría incendiando su casa tras desmantelarla por completo y obligaría a su familia a salir del país con la ayuda de un par de hombres influyentes con los que su padre mantenía una relación estrecha.

Al llegar a Estados Unidos, la familia estaba casi en la ruina, pero el mayor tesoro que poseía eran algunas cartas de recomendación de altas personalidades que, junto con las vinculaciones comerciales pre-existentes, hicieron que la selecta clase alta americana viera a la familia como caídos en desgracia a los que había que ayudar.

Antonio tardó poco en encontrar una posición digna. Se benefició con las ventas de las tierras en España, sobrevaloradas, a modo de resarcimiento por parte del Generalísimo ya a finales de 1939. Y todo ello gracias a que Antonio había contribuido a la causa de manera económica e ideológica, lo que fue, en su momento, la base de la victoria de aquel golpe de Estado.

Pero esta historia familiar, vivida desde la óptica de una adolescente de catorce años y de familia acaudalada, supuso una realidad muy subjetiva que nunca fue superada por Carmen, quien la hizo estar presente y viva en la cabeza de toda la familia, provocando, con los años, un cierto alejamiento de Sofía con su madre. Ella se sentía más cercana a su tía María, con la que compartía una misma concepción de la vida, lo que propició entre ambas una relación estrecha y cómplice basada en el cariño y la admiración.

La tía María siempre había resultado, para su abuela Aurora y para su madre, una oveja descarriada que renegaba sistemáticamente de cualquier convencionalismo, una rebeldía un poco moderada mientras viviera Antonio, pero que, muerto su padre, resultó irrefrenable. María nunca se casaría, pasó su vida entre amoríos y viajes inconcebibles para una mujer que avergonzaron a la familia, según Carmen, y que distanció

a las hermanas durante años. Ni la muerte de la abuela Aurora logró doblegar el juicio crítico que Carmen tenía de su hermana.

Pero Sofía la admiraba. La tía María solía aparecer en las fiestas navideñas, con una vestimenta juvenil e inapropiada que rompía la rigurosa etiqueta que la familia exigía a todos los presentes.

—¡Qué vergüenza! —protestaba Carmen por lo bajo, buscando la complicidad en los oídos de Sofía que, sin embargo, deseaba estar a solas con su tía porque le contaba historias de los lugares visitados en sus viajes. Sofía, embobada, podía escucharla durante horas. Y recreaba en su mente infantil las imágenes narradas.

Su tía la llenaba de vida y de esperanzas de no terminar como su madre, con un delantal en la cintura, simulando faenas domésticas en las que, en realidad, poco intervenía y mandando a todo el mundo, incluido su padre. Charles era siempre paciente y complaciente ante las inagotables y descabelladas ideas de su mujer, que podían incluir cualquier banalidad a la orden del día, ya fuera cambiar cortinas y sofás por colores de moda, como de coche o lugar de veraneo, incluyendo la incorporación de Jack, un caniche insoportable de pelo blanco que vivía siendo peinado y perfumado para los eventos sociales después de que Carmen viera a no se sabe qué celebridad con uno idéntico en una de las revistas de la alta sociedad americana que habitualmente leía.

Tras la muerte de Charles, Carmen se sintió liberada. No era que no lo quisiera, pero los años de penurias tras el infarto cerebral se hicieron ciertamente eternos y ya nada compartía el matrimonio. Carmen se hizo acondicionar un dormitorio, que era el de invitados, con todo el glamour que tuvo a mano y se trasladó allí, abandonando el lecho marital en aras de una mayor comodidad para su marido.

Cada uno se secó a su manera: Charles, desde la consciencia y la impotencia de saberse una carga para la familia, y Carmen organizando festividades y pretendiendo organizar la vida de sus hijos, que iban creciendo y moldeando su propia personalidad. Francisco decidió con dieciocho años irse a vivir a Nueva York con unos amigos y estudiar allí Administración de Empresas, cosa que su madre no entendería. El

despacho de su padre era una apuesta segura y si bien ella, como viuda, recibía pingües beneficios de la sociedad en la que se había convertido el bufete, esperaba que su hijo ocupara el lugar de Charles, entrando por la puerta grande y sentándose en la mesa de la junta directiva con solo la primera asignatura aprobada en la carrera de Derecho.

El día que Francisco se fue, Carmen no se levantó de la cama y por primera y única vez en su vida, Sofía la escuchó llorar.

Dos años más tarde, sería la propia Sofía quien echara por tierra las últimas esperanzas de su madre al anunciarle su deseo de ser bióloga, bien lejos de los acarosos libros de derecho conservados en la biblioteca como parte de una prestigiosa herencia familiar para quien hubiese seguido los pasos de su difunto marido.

Los lamentos de Carmen, mucho más teatrales que los ofrecidos a Francisco, iban encaminados a hacer cambiar a Sofía de opinión, y el imponente carácter de su madre casi lo consigue si no hubiera sido por la casual y repentina aparición de la tía María, que, desde la muerte de Charles, hacía más frecuentes sus visitas a casa de su hermana y que, aunque nunca lo reconociera abiertamente, alegraban enormemente a Carmen.

En el preciso instante en que María estaba entrando al recibidor de la casa, escuchó los coletazos de una discusión zanjada de un portazo por Sofía, que fue a refugiarse a su cuarto. Carmen, aún de pie mirando la puerta, roja de ira, giró su cabeza y ni tan siquiera demostró sorpresa por la presencia de su hermana.

—¿Qué ha pasado, Carmina?

Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba por su apelativo de la infancia. Carmen se sentó en el sofá más cercano y, cubriéndose el rostro con ambas manos, respondió a María:

—Pasa que no puedo más, hermana mía. He parido dos ingratos como hijos, dos egoístas que solo piensan en ellos.

—¿Por qué dices esas cosas, Carmen?

—Porque es la verdad. Primero Francisco, que bien sabes las esperanzas que tenía en que él continuara llevando la sociedad. Ahora

Sofía, que pretende estudiar Biología en vez de Derecho. Tantos años de sacrificio de mi pobre Charles por dejarles forjado un futuro y ya ves... Como lo han tenido todo, ahora les sobra todo también.

—Bueno —la tranquilizó María—, se trata de eso.

—¿Qué?, ¿te parece poco? —Se sobresaltó Carmen.

María sabía perfectamente que debía ser prudente frente a los arrebatos de su hermana.

—No estoy diciendo que sea poco ni mucho, creo que es bueno que ambos hayan elegido hacer algo, aunque no sea lo esperado por ti, pero entiendo lo que planteas y, si quieres...

Carmen no le dejó terminar la frase.

—Sí, habla con ella, intenta que entre en razón. A ti te hace más caso que a mí, quizás puedas quitarle de la cabeza la absurda idea de pasarse la vida destripando bichos.

María tuvo que hacer un gran esfuerzo por contener la risa, no era momento de contrariar más a su ya fatigada hermana.

—Hablaré con ella, no te preocupes. Al menos, lo intentaré, ya sabes cómo es Sofía, puede resultar terca como una mula a pesar de su carácter aparentemente dócil e introvertido.

—Te lo agradezco. No podrías haber venido en mejor ocasión, ya no sé qué hacer.

—Esperaré a estar a solas con ella —aclaró María.

—Sí, será lo mejor. Esta tarde me reúno con mis amigas en el golf, tal vez sea un buen instante.

María era consciente de que la elección de su sobrina y parte de su espíritu aventurero eran, en gran medida, culpa suya, ella había acuñado en la mente de Sofía la noción de un mundo que podía descubrir en los eternos relatos y anécdotas de su vida que, desde bien niña y hasta ese día, Sofía le suplicaba que le narrara, siempre atenta a que no se le escapara ningún detalle. La escuchaba durante horas y horas mientras, con sus profundos ojos, viajaba junto a sus recuerdos. María, a su vez, revivía los viajes, sintiéndose de pronto acompañada por su sobrina. Desde niña, Sofía siempre se las ingeniaba para poder

escabullirse con ella unas cuantas horas, haciendo caso omiso de los comentarios ocultos que la familia hiciera de ella en el primer rincón que encontraran y que, por supuesto, no escapaban a la agudeza de María, por más discretos que fueran. Ello la enternecía y le alegraba. El vínculo entre ambas se fue solidificando con los años, lo que contribuyó a que la tía pudiera entender a Sofía mejor que nadie en el mundo.

Aquel día, el tiempo que ganaba María en dilatar la conversación en realidad iba más dirigido a su hermana que a su sobrina, aunque por nada del mundo llegaría a confesarlo. No pretendía volver a distanciarse de Carmen después de tantos años.

Una vez que confirmara su más que probable fracaso en hacer cambiar de idea a su sobrina, María era consciente de que se quedaría horas al lado de su hermana, tomando té o algún licor que Carmen siempre sacaba a relucir en los instantes trágicos.

En realidad, Carmen sentía un poco de envidia de su hermana, no con malicia, sino con cierta admiración por su valentía en la elección de vida que había defendido y que en nada respetaba los modelos y las convenciones recibidos en su educación en lo que se esperaba de ella. Envidiaba sanamente los lugares que María había conocido, lo asombroso o desconcertante de alguna anécdota sobre alguna tribu, la insólita naturaleza que describía e, incluso, las pícaras aventuras con algún afanado amante que hiciera peripecias inauditas e infructuosas por conquistarla más allá de la temporada que durara el viaje en cuestión.

La concordia y complicidad que hoy las unía era a su vez lo que María, a sus años, necesitaba conservar. Los distanciamientos familiares siempre le habían resultado dolorosos, la lejanía y falta de aceptación de sus seres queridos suponían una sombra de tristeza que empañaba su alma.

—Voy a saludar a Sofía —anunció María. Carmen asintió moviendo afirmativamente la cabeza.

Cuando María dio unos pequeños golpecitos a la puerta de su habitación y asomó su cabeza, Sofía saltó de la cama y fue derecha a abrazarla.

—Tía, ¡qué suerte que estés aquí!

Sus profundos ojos negros estaban llenos de lágrimas. Se quedó abrazada a María sin decir nada, pero ese silencio suplía cualquier palabra.

María la comprendía, ella misma se había visto envuelta más de una vez, a lo largo de los años, en esa dicotomía entre lo que quería para su vida y lo que se esperaba de ella, por ello la situación de su sobrina sacudió, en parte, su propia historia. María respetó el silencio y simplemente correspondió al abrazo, que se extendió por un espacio indefinido de tiempo y solo al diluirse este, habló:

—No pasa nada, tesoro, serás todo lo que tú elijas. Sécate esas lágrimas, que ya arreglaremos esto.

Sofía la miró con una mezcla de incredulidad y a la vez de confianza.

—¿Tú crees?

—Ya hablaremos de ello más tarde, cuando tu madre se vaya a su reunión en el golf.

—¿Qué haría yo sin ti?

María, disimulando su emoción, asumió una actitud más contundente.

—Lo que te pediría, Sofía, es que adoptaras una actitud más fuerte y segura de ti misma. Si no aprendes eso, te costará mucho en la vida afrontar reveses y si bien la vida es hermosa, el camino es duro y debes aprender a sortearlo para alcanzar aquello que deseas. Puede que no consigas todo lo que te propongas, pero que nunca quede algo pendiente por tu parte, ¿me entiendes? Ahora te quiero entera, firme, segura. Tómate tu tiempo y baja a comer, ya hablaremos más tranquilas esta tarde.

—Gracias, tía.

No hizo falta más. Sofía bajó al comedor, bella como siempre, serena y dócil, en perfecta concordancia con su carácter y con esa proyección de sí misma que encandilaba a quien la conociera.

Aquella tarde, a la hora prevista, Carmen se fue al golf a reunirse con sus amigas.

Cuando finalmente se encontraron a solas, María y Sofía se sentaron en el salón, al abrigo de la chimenea, con un té y los pastelillos de coco, chocolate y nata que tanto gustaban a su tía y que Sofía había pedido a Lourdes, la asistente, que fuera a comprar inmediatamente después de saber que tendría oportunidad de pasar un buen rato a solas con ella.

La tarde era plomiza, desde la ventana del elegante salón podían vislumbrarse las ramas de los árboles agitadas por el viento que hacía saltar desordenadamente las gotitas de la fina lluvia que salpicaban el ventanal de vidrio repartido en rectángulos que sobresalía del límite de la pared de la fachada de la casa. Ese acompañamiento exterior daba más calidez al encuentro, envuelto en el suave aroma del té y la chimenea mezclados con el inconfundible perfume de María.

Sofía estaba preparada para escuchar los consejos de su tía. Sabía que podía confiar en ella y que sus palabras encerrarían la luz de su experiencia sumado a la sabiduría que innatamente la acompañaba. María, por su parte, era consciente de lo complejo del dilema. No permitiría que los caprichos de Carmen truncaran los sueños de su sobrina, pero tampoco podía expresarlo de ese modo. No, debía encontrar un equilibrio entre los intereses de madre e hija sin que se notase su inclinación en favorecer el cumplimiento de los sueños de su sobrina como una suerte de extensión de los propios.

—Bueno —comenzó María—, veo que tenemos un tema delicado entre manos.

—Pues sí —afirmó sombríamente Sofía—. Mi madre no es capaz de respetar mi decisión. Quiero ser bióloga, tía, quiero recorrer el mundo y descubrir ecosistemas, aprender de la vida, y a mi madre lo único que le importa es su estatus y mantener sus eternas frivolidades y apariencias a mi costa y...

—No, Sofía, no —la cortó en seco María—. Tu madre es mi hermana. Si quieres ser bióloga, deberías empezar por aprender a respetar este primer ecosistema.

Sofía se quedó callada, nunca había escuchado a su tía hablarle de ese modo.

—Pero, tía —intentó defenderse Sofía.

Un leve gesto de la mano de María la invitó a guardar silencio.

—Debes comprender, querida mía —prosiguió María—, que en la vida hay que entender a las personas y las circunstancias que les afectaron o influyeron para ser quienes son.

»Tu madre ha sufrido más de lo que crees, y esa frivolidad de la que hablas solo es la coraza de sus propias carencias y renunciadas. Te admito tu derecho de percepción, pero, para juzgar a las personas, deberías ser más suspicaz, si aspiras a ser bióloga, porque ningún ser vivo que encuentres en la naturaleza podrá darte una información verbal, un análisis como el que pueda darte yo esta tarde. Debes analizar por ti misma porque incluso lo que te cuente no será una verdad absoluta. Yo te daré mi opinión, te contaré la niñez o la vida de tu madre desde mi propia óptica y, por tanto, será siempre subjetiva, ¿me entiendes? Es mi visión, en función de lo que he vivido y tengo en común con mi hermana. Pero será solo una aproximación, no una verdad irrefutable, sino, simplemente, una perspectiva.

»La ciencia no es exacta, la agudeza que cada persona tenga en la interpretación de los hechos, de cualquier cosa que se trate, marcará la diferencia.

»Pero hoy se trata de tu futuro, de tu elección, y yo solo intentaré defender el derecho que tienes a elegir libremente ese futuro. No estamos aquí para cuestionar las razones de tu madre por pensar distinto.

Así fue como, de pronto, la tía hablaba con dureza y cariño, algo que, a priori, resultaba contradictorio en el corazón de Sofía.

—Pero, entonces, ¿crees que me equivoco al elegir ser bióloga?

—Yo no he dicho eso. Serás lo que quieras ser y tendrás derecho incluso a equivocarte y rectificar. Eso es la vida. Te estoy diciendo

que luches siempre por lo que crees, porque ese es tu derecho y debes defenderlo.

»Cada quien tiene sus propias experiencias y, por suerte o por desgracia, no se debe pretender que nuestros seres queridos las hereden como losas.

»Vive tu vida, Sofía, elige tu camino, rectifica si es necesario, pero, hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, asúmelo con la libertad y la felicidad de, al menos, ser consciente de que lo has elegido tú.

Sofía se emocionó con aquellas palabras.

—Pero mi madre no lo acepta —protestó con cierta resignación Sofía.

—Yo no estaría tan segura. Tu madre es tu madre y tú eres su hija, lo aceptará. Si algo ha enseñado la biología es que la naturaleza siempre manda. Ahora solo se trata de encontrar el método para que a ella le duela menos tu decisión, y eso, querida mía, requiere inteligencia, no portazos.

Una sonrisa cómplice se dibujó en sus rostros.

—Estos pastelitos están de muerte —dijo María, medio ahogada en el primer bocado.

La sintonía que existía entre ambas hizo comprender a Sofía que María la apoyaría con la misma sutileza con la que ella había previsto para su cita los pastelillos preferidos por su tía.

Cuando Carmen llegó al golf, su rostro delataba la angustia que la embargaba y que poco a poco iría comentando con sus amigas, planteando la situación como parte de su desafortunada suerte.

—Mi hija quiere ser bióloga —advirtió con amargura—. Todo el imperio que ha mantenido a esta familia se irá perdiendo si no existe un miembro activo en la empresa. Primero Francisco y ahora Sofía —se lamentó Carmen, escenificando la tragedia y hablando de una grandeza que se alejaba bastante de la realidad.

En aquel grupo de cinco amigas había un elemento común: todas aparentaban más solvencia de la que en verdad tenían, a excepción de Margaret, que sí gozaba de una muy buena posición económica y social, y que, sin embargo, siempre se mostraba humilde como le habían enseñado en su familia, muy adinerada, pero con los pies en la tierra. «A nadie le importará quién eres de verdad si caes en la grosería de hacer alarde de lo que tienes», le había explicado a Margaret su madre infinidad de veces. La humildad de Margaret y de su familia las hacían personas muy cercanas en todos los estratos sociales.

No obstante, la aceptación de Margaret en el selecto grupo de amigas se debía a esa cuna, que, por más discreta que se presentara esta, resultaba una verdad tan conocida como incuestionable y su presencia aportaba a las demás un punto mayor de distinción.

Con Carmen, Margaret compartía la estética: ambas de baja estatura, con cuerpos un tanto cuadrados, de poca gracia y con pechos prominentes, lo que las diferenciaba, entre otras cosas, era la sencillez de Margaret y su carácter alegre, que distaba mucho de las formas rígidas de Carmen, por no hablar de sus diferentes preferencias a la hora de elegir la indumentaria, en especial, los abrigos de pieles que vestía Carmen y que le hacían parecer más un mamut que un referente de estilismo.

Carmen, además, utilizaba un forzado lenguaje repleto de corrección y carente de picardía o humor.

—¡No digas eso! —le reprochaba en más de una ocasión Carmen.

—¿Por qué no? —le respondía risueña Margaret—. El sentido del humor denota inteligencia —se defendía—, y, como verás, es lo único que tengo.

Las otras tres amigas, Piruka, Constanza y Elizabeth, tenían como factor común su aspecto físico, lánguidas y rígidas como palos de escoba y casi como norma no escrita, solían sintonizar más con las frivolidades de Carmen que con el carácter afable de Margaret.

Aun con todo, a pesar de estas cuestiones, entre todas ellas había un sincero cariño y un par de verdades que todas guardaban para sí como cuestiones inconfesables.

Aquella tarde, el desconsuelo de Carmen era auténtico, todas lo percibieron más allá de la teatralización a la que su amiga las tenía acostumbradas. Ninguna sabía muy bien qué decir para animarla.

Sería Margaret la que volatizaría el tinte de tragedia con su habitual naturalidad.

—Ser bióloga me resulta de lo más innovador, más cuando se trata de una mujer. En mi familia tenemos dos casos: mi primo Samuel, que se trasladó a Australia justamente por una increíble oferta de trabajo en una investigación de la que no suelta prenda, pero que cada vez cobra más prestigio y dinero, y Rosalía, la mujer de mi hermano, a la que conoció estudiando Ingeniería. Cosa curiosa, pero en una fiesta de estudiantes universitarios de Oxford se produjo un flechazo que acabó en boda al año. Rosalía es una cuñada magnífica, adora la investigación y ha escrito varios ensayos que le han merecido el reconocimiento de la comunidad científica.

Mientras Margaret hablaba, los músculos de la cara de Carmen se fueron relajando y el rictus de su frente fue cediendo, llegando incluso a suavizar su mirada, que parecía ahora más interesada en escuchar esas tentadoras anécdotas a la vez que imaginaba a Sofía en situaciones semejantes.

—No deberías amargarte por su elección, Carmen. El futuro está en la ciencia, en la investigación, y no en los despachos de abogados. No quiero decir que esto no te afecte o que ser abogado esté mal. Sé que las madres solemos proyectar una vida en nuestros hijos que luego no suele cumplirse.

—Sí, eso es verdad —apuntó Constanza con cierto pesar, pero sin dar más detalles sobre las razones de su afirmación.

—Además —continuó Margaret—, ¿no has pensado en ponerte tú en la junta directiva del bufete? No te robaría mucho tiempo, te reunirías una vez por mes con los socios y podrías hacer un seguimiento de

la marcha de la sociedad. Yo lo hago en dos de las empresas familiares con ayuda de Emili, mi asesor empresarial, y no tengo ninguna dificultad. Si quieres, puedo presentártelo, él accedería encantado a que seas su clienta.

Carmen y las demás habían quedado estupefactas ante la última aseveración de Margaret. Ella nunca hablaba de sus empresas, y mucho menos de que se dedicara personalmente a su seguimiento, aunque, por otro lado, siendo mucho más joven que las demás, Margaret poseía una visión cultural y generacional más moderna, lo que, al escucharla, dio al grupo una perspectiva jamás pensada por sus integrantes, incluyendo a Carmen, que, ahora, se imaginaba sentada espléndidamente en la dirección ejecutiva de la sociedad. Sin embargo, con la misma rapidez, desechó de su mente tal posibilidad ante el temor al ridículo por su desconocimiento del bufete de su marido.

—Yo no sé nada de cómo desempeñar un cargo así—dijo suavemente.

—Yo tampoco lo sabía—le contestó dulcemente Margaret—, pero se aprende, y es agradable tomar las riendas de tu vida, no puedes imaginarte cuánto.

Piruka, la más mayor de todas las presentes, le guiñó disimuladamente uno de sus acuosos ojos a Margaret.

—Margaret tiene razón—sentenció—. Nos hemos pasado la vida entre algodones que, a estas alturas, amigas mías, reconozcámoslo, ya están bastante apolillados. Hemos llevado adelante a nuestras familias, nuestras casas, con todo lo que ello implica. Nos estrechamos cuando había menos sin que se notara y hemos sabido dar más brillo al esplendor cuando el viento ha soplado a favor. No puede ser más difícil en una empresa.

La aprobación final de Piruka tuvo un efecto aún mayor en el ánimo de todas, en especial, en el de Carmen. De repente, la más veterana había abordado un tema tabú con total naturalidad y altura y dando por sentadas cuestiones económicas como si de un hecho constatado se tratase.

Por otro lado, el modo en el que Piruka daba su aprobación inspiraba la confianza necesaria en las demás para poner en valor lo que había sido, en definitiva, la vida de todas, llevando adelante dignamente los diversos avatares que cada una había debido afrontar en sus hogares y, finalmente, el equiparar la organización doméstica al sistema de organización de una empresa.

Margaret quedó encantada con la deriva que había tomado un encuentro, por lo general, mucho más monótono y formal.

—¡Esto hay que celebrarlo! —apuntó con efusividad, levantando una mano para llamar al camarero.

—¿Les traigo más té, señoras? —se atrevió a ofrecer el pobre iluso.

—¿Qué té? A partir de ahora, coñac para todas, y del mejor que tengas, que somos empresarias.

Las risas estallaron simultáneamente, interfiriendo en la apacible música que solía acompañar el ambiente del distinguido salón.

Y así prosiguió el encuentro, brindando con coñac por la nueva determinación grupal, infundiéndose entre unas y otras la confianza y la fortaleza que ninguna había reclamado antes para sí en sus largas vidas.

Al llegar a casa, Carmen parecía una mujer nueva. Se encontró a su hermana y a Sofía un tanto desconcertadas por el horario de su regreso. Sofía se acercó para ayudarla a colgar el bolso y el pesado abrigo y le comentó:

—Mamá, nos tenías preocupadas.

—Sí, hoy nos hemos extendido un poco más —indicó su madre, disimulando una chispeante mirada.

—¿Quieres algo? ¿Te preparo un té? —preguntó Sofía.

—No, hija, no, estoy bien. —Carmen miró los pastelillos que habían sobrevivido a la voraz gula de su hermana—. Bueno, pensándolo mejor, me sumaré con vosotras a un té y a esos —añadió señalando con los ojos la bandeja que contenía los dulces.

Mientras que Sofía se había retirado a preparar más té, Carmen fue en busca del licor de las ocasiones importantes. María la miraba sin decir palabra, totalmente desconcertada, al tiempo que Carmen servía tres pequeñas copas sin preguntar si les apetecía.

Cuando Sofía retornó con la bandeja, se encontró a las dos hermanas copa en mano y el desconcierto también se apoderó de ella.

—Ven, hija, que se te va a enfriar el té —apremió su madre con voz cordial e indicándole con la mano que se sentara a su lado.

Sofía accedió y ofreció:

—¿Pero vais a querer té?

—Claro, hija, ¿por qué no?

Sofía también era consciente de que el licor era el equivalente a una situación difícil para su madre, pero ahora se la veía tan tranquila que la imagen se le presentó, además de desconcertante, aterradora.

El ambiente, con la luz tenue de una lámpara de pie situada cerca del juego de sofás, la chimenea encendida, la alfombra, la mesa bajita con las copas de licor, la calidez de su madre y el amor de su tía y la incógnita disipada en el aire convirtieron ese momento en algo único, eterno y nuevo que haría mella en el recuerdo de las tres, quizás hasta el final de sus días.

—Mamá —empezó a hablar Sofía pasado un rato de conversación distendida recordando anécdotas de la infancia española de las dos hermanas.

Todavía sonriendo con el último recuerdo rememorado por María de la gallina que ambas habían decidido salvar del caldo navideño poniéndola debajo de su cama, Carmen se encontró con los enormes ojos negros de Sofía envueltos de una angustia contenida, sumada a la tristeza de romper ese instante idílico.

—¿Qué pasa, cariño? —se interesó una irreconocible Carmen.

—Quiero decirte que lamento haberte decepcionado, mamá, que yo...

—No, Sofía. La que debe disculparse soy yo, hija, por querer imponerte mis deseos a costa de tus sueños. Nunca me he enfrentado